

Trabajo Práctico para el Despertar



Encaminándonos hacia la Muerte Mística

Semana 19

**Los Siete Pecados Capitales
La Envidia**

RESUMEN SEMANA 19:

Durante esta semana estudiaremos el ego de la Envidia, otro de los 7 pecados capitales que estamos estudiando.

Definición del ego de la Envidia:



La envidia es una aguda y maliciosa insatisfacción personal que se proyecta en la forma de pervertidas emociones, pensamientos y acciones inferiores de aborrecimiento, desprecio, maledicencia, calumnias, infamias, blasfemias, denigración, y lo peor de todo, un intenso deseo de fracaso, fracaso de todo aquello que sea origen de bienestar, triunfo, superación, beneficio, alegría o felicidad, para nuestro prójimo.

La envidia, así como es capaz de difamar y generar escándalos públicos a gran escala, siendo la mejor amiga del chisme y los malsanos círculos de crítica, es también brujesca, subterránea y muy maligna. Este ego gusta de hacer planes secretos, ocultos a los ojos de todos, para destruir a quienes considera sus enemigos.

La envidia es capaz de alabar con frases de afecto, pero afecto artificial, de enaltecer, exaltar, admirar, idolatrar, y hasta de escribir poemas apologéticos sobre la persona envidiada, pero detrás de estas lisonjas se esconde la fetidez nauseabunda que sólo desea el tropiezo, la desilusión y el infortunio de la persona envidiada. Estas vacías palabras terminan, tarde que temprano y como consecuencia de su veneno, en una carcoma de la propia psiquis, y muchas veces también en una carcoma de la vida y el entorno del individuo envidiado y se pasa, de una supuesta admiración, a la envidia más perversa y a la traición.



La envidia es el horrible vicio de no poder soportar que a quienes consideramos rivales les vaya bien. ¿Y quiénes son los rivales de la envidia? ¡Todos aquellos que tengan algo que **“yo quisiera también tener y no tengo”**, o aquellos cuya

posición o situación les de algún tipo de felicidad que a mí me irrita que tengan! Son rivales de la envidia, incluso, aquellas personas que tienen lo que yo de todas formas ya tengo, porque quiero ser el único que las tenga, porque quiero ser exclusivo, porque no quiero que absolutamente nadie más que yo, sea feliz, no quiero que nadie sea feliz por encima de mi nivel de felicidad personal.

La envidia desea en secreto reivindicarse, reclamar, exigir privilegios que siente que merece, porque quiere que los goces, el bienestar, la fuerza, el poder, el amor, el triunfo y las fortunas físicas e internas de los demás, sean de ella, y aún más profundamente, esconde el secreto deseo de que los demás no disfruten de lo que tienen aunque lo hayan ganado lícitamente, y con mucho esfuerzo.

¡La felicidad de la envidia es el fracaso ajeno! La envidia es, lisa y llanamente, un ávido deseo por el mal ajeno. La envidia es por lo tanto materialista y supremamente egoísta, aunque su egoísmo no está concentrado tanto en no dar, como en no permitir que nadie reciba.

Esto nos deja entrever, fácilmente, que la envidia es por lo tanto, pobreza interior, mediocridad interior. Al ser nosotros interiormente pobres, la envidia trata de ocultar su vacuidad anímica mediante la ostentación de joyas, dineros, riquezas, poder material, coches lujosos, casas enormes, poder de mando, jerarquías, títulos rimbombantes, o incluso poder espiritual.



La envidia es la principal causa de la llamada **“Herejía de la Separatividad”**, es decir, de la fuerza contraria a la unión fraternal y familiar entre los seres humanos, porque la envidia desea ser única, extraordinaria, y estar por encima de todos los demás. Esta herejía del alma es la causante de nuestra intolerancia y negación de las virtudes del prójimo, por eso las capacidades, virtudes y cualidades sobresalientes de otras personas, nos causan un terrible desagrado.



En la tradición cristiana, la envidia se define como: despecho, pesar y tristeza por el bien ajeno, particularmente cuando el bien ajeno va en contra de los propios intereses o la gloria personal.

Cervantes llamó a la envidia:

“Carcoma de todas las virtudes y raíz de infinitos males”, Aristóteles la definió como **“El sufrimiento ante**

la suerte ajena”, mientras que Bertrand Russell dijo: **“La envidia es una de las más potentes causas de infelicidad”**.

TAREAS PARA LA SEMANA 19:

Primera Tarea: Orar todos los días por 7 días a nuestra Bendita Madre Kundalini, rogándole nos permita ver y comprender el terrible ego de la envidia.

Segunda Tarea: Leer y reflexionar el texto **“El Amor Propio”** del libro **“La Revolución de la Dialéctica”**, capítulo que encontrarás en formato PDF asociado a este audio 19, (por si no tienes el libro).

Tercera Tarea: Estudiar nuestro ego de envidia e intentar saber realmente, hasta qué punto estamos enfermos de envidia, siendo tajantes con sí mismos, siendo verdaderamente sinceros.

¿Qué planteamientos nos hacemos generalmente sobre lo que los demás logran y poseen, sobre sus triunfos y satisfacciones?
Busquemos ver cuáles son nuestras emociones cuando vemos algo

que deseamos mucho tener y no tenemos, pero que otra persona muy afortunada sí tiene.

Observemos las conversaciones que tenemos con los demás, la forma en que recibimos sus palabras cuando nos cuentan de sus vidas, e intentemos distinguir si en nuestras impresiones encontramos la desdichada envidia.

¿En qué centros se nos presenta más la envidia, tal vez en los centros emocional e intelectual, tal vez en el sexual? Estudiemos las diferencias de expresión en cada centro.

¿Qué sentimos por el bien ajeno, alegría, desagrado, qué se mueve en nuestras entrañas? Tal vez estamos metidos en algo que, supuestamente queremos hacer por alguna razón muy buena, pero en realidad estamos en competencia porque envidiamos a esa persona.

Tomemos notas de todos nuestros descubrimientos sobre la envidia, los celos, la desconfianza, las palabras de desprecio, las críticas subconscientes de desprestigio contra el prójimo, etc.



Cuarta Tarea: Como durante la semana pasada, al final de cada día practicaremos **Mo Chao** para comprender los aspectos que se han manifestado en relación a la envidia, de la siguiente manera:

- 1** – Oramos a nuestra Bendita Madre Kundalini, pidiéndole comprender el ego de la envidia, al inicio de la meditación.
- 2** – Hacemos el Mantram Ham Sah por unos 15 o 20 minutos.
- 3** – Relajamos profundamente el cuerpo físico y la mente.
- 4** – Tomamos conciencia de nosotros mismos y de nuestro estado interior del momento.
- 5** – Reconstruimos retrospectivamente cualquier manifestación de envidia que hayamos vivido hoy, para conocerla mejor.
- 6** – Entramos en contemplación Mo Chao, sin involucrarnos ni identificarnos con nada.

¡Nos guste o no, somos envidiosos! ¡Es horrible admitir que tenemos envidia, pero la tenemos! Vamos a trabajar sobre esta oscuridad interior para comprenderla y desintegrarla.

¡Fuerza, perseverancia y paciencia! ¡Con la ayuda de nuestro Ser y sus múltiples partes, vamos a conocernos mejor a nosotros mismos con el propósito de hacer cambios radicales! ¡Mucha fuerza amigo! ¡Adelante, a luchar por nuestro adorable Ser, a favor del viento, o en contra de todos los vientos!

Y recuérdalo siempre:

¡Si otras personas lo han logrado, tú también puedes lograrlo!

La Revolución de la Dialéctica

El Amor Propio

Mucho se habla sobre la vanidad femenina. Realmente la vanidad es la viva manifestación del amor propio.

La mujer ante el espejo es un narciso completo adorándose a sí misma, idolatrándose con locura. La mujer se adorna lo mejor que puede, se pinta, se encrespa el cabello con el único fin de que los demás digan: ¡Eres hermosa, eres bella, eres divina! Etc.

El yo siempre goza cuando la gente lo admira, el yo se adorna para que otros le adoren. El yo se cree bello, puro, inefable, santo, virtuoso, etc. Nadie se cree malo, todas las gentes se auto-consideran buenas y justas.

El amor propio es algo terrible. Por ejemplo, los fanáticos del materialismo no aceptan las dimensiones superiores del espacio por amor propio. Se quieren mucho a sí mismos y como es natural, exigen que las dimensiones superiores del espacio, del cosmos y de toda la vida ultrasensible, se les sometan a sus caprichos personales. No son capaces de ir más allá de su estrecho criterio y de sus teorías, más allá de su querido ego y de sus preceptos mentales.

La muerte no resuelve el problema fatal del ego. Sólo la muerte del yo puede resolver el problema del dolor humano, pero el yo se ama a sí mismo y no quiere morir de ninguna manera. Mientras el yo exista girará la Rueda del Samsara, la rueda fatal de la tragedia humana.

Cuando realmente estamos enamorados, renunciamos al yo. Es muy raro hallar en la vida a alguien verdaderamente enamorado. Todos están apasionados y eso no es amor. Las gentes se apasionan cuando se encuentran con alguien que les gusta, pero cuando descubren en la otra persona sus mismos errores, cualidades y defectos, entonces el ser amado les sirve de espejo donde puedan contemplarse totalmente. Realmente, no están enamorados del ser amado, sólo están enamorados de sí mismos y gozan viéndose en el espejo que es el ser amado, ahí se encuentran y suponen entonces que están enamorados. El yo goza ante el espejo de cristal o se siente feliz mirándose a sí mismo en la persona que tiene sus mismas cualidades, virtudes y defectos.

Mucho es lo que hablan los predicadores sobre la verdad, pero, ¿es acaso posible conocer la verdad cuando existe en nosotros amor propio?

Sólo acabando con el amor propio, sólo con la mente libre de supuestos, podemos experimentar, en ausencia del yo, eso que es la verdad.

Muchos criticarán esta obra de la Revolución de la Dialéctica. Como siempre, los pseudo-sapientes se retiran de los planteamientos revolucionarios por el delito de no coincidir estas enseñanzas, con los supuestos mentales y complicadas teorías que éstos tienen en su memoria.

Los eruditos no son capaces de escuchar con mente espontánea, libre de supuestos mentales, teorías, preconceptos, etc., la Psicología Revolucionaria. No son capaces de abrirse a lo nuevo con mente íntegra, con mente no dividida por el batallar de las antítesis.

Los eruditos sólo escuchan para comparar con sus supuestos almacenados en la memoria. Los eruditos sólo escuchan para traducir de acuerdo con su lenguaje de prejuicios y preconceptos y llegar a la conclusión de que las enseñanzas de la Revolución de la Dialéctica son fantasía. Así son siempre los eruditos, sus mentes están ya tan degeneradas, que no son capaces de descubrir lo nuevo.

El yo en su soberbia quiere que todo coincida con sus teorías y supuestos mentales. El yo quiere que todos sus caprichos se cumplan y que el cosmos en su totalidad, se someta a sus experimentos de laboratorio.

El ego aborrece a todo aquél que le hiera el amor propio. El ego adora sus teorías y preconceptos.

Muchas veces aborrecemos a alguien sin motivo alguno. ¿Por qué? Sencillamente, porque ese alguien personifica algunos errores que nosotros cargamos bien escondidos y no nos puede gustar que otro los exhiba. Realmente, los errores que a otros endilgamos, los llevamos nosotros muy adentro.

Nadie es perfecto en este mundo, todos nosotros estamos cortados por la misma tijera. Cada uno de nosotros es un mal caracol entre el seno de la Gran Realidad.

Quien no tiene un defecto en determinada dirección, lo tienen en otra dirección. Algunos no codician dinero pero codician fama, honores, amores, etc. Otros, no adulteran con la mujer ajena pero gozan adulterando doctrinas, mezclando credos en nombre de la Fraternidad Universal.

Algunos no celan a la mujer propia pero celan amistades, credos, sectas, cosas, etc. Así somos los seres humanos, cortaditos siempre por la misma tijera.

No hay ser humano que no se adore a sí mismo. Nosotros hemos escuchado a individuos que gozan horas y horas enteras hablando de sí mismos, de sus maravillas, de su talento, de sus virtudes, etc.

El ego se quiere tanto a sí mismo que llega a envidiar el bien ajeno. Las mujeres se engalanan con muchas cosas, en parte por vanidad, y en parte por despertar la envidia de las demás mujeres. Todas envidian a todas. Todas envidian el vestido ajeno, el bonito collar, etc. Todas se adoran a sí mismas y no quieren verse por debajo de las demás, son narcisistas ciento por ciento.

Algunos pseudo-ocultistas, o hermanos de muchas sectas, se adoran tanto a sí mismos que han llegado a creerse pozos de humildad y santidad. Se sienten orgullosos de su propia humildad. Son terriblemente orgullosos.

No hay hermanita o hermanito pseudo-ocultista que en el fondo no presuma de santidad, esplendor y belleza espiritual.

Ningún hermanito o hermanita pseudo-ocultista se cree malo o perverso, todos presumen de santos y perfectos, aún cuando realmente sean no sólo malos, sino además, perversos.

El querido ego se adora demasiado a sí mismo y presume, aún cuando no lo diga, de bueno y perfecto.


